

The Standard Bearer

El Portaestandarte

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimprimos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.
Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.
Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org

Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Critters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
critters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwight@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Abril, 2025 • Volumen 101, Número 8

Contenido:

La impresionante humildad de Cristo (Filipenses 2:5-8)

MEDITACION | Rev. MATTHEW DEBOER | 2

El asedio, la caída y el saqueo de Nínive (Nahum 2:3-10)

ESCU德里ÑAR LAS ESCRITURAS | Rev. RONALD HANKO | 5



REFORMED
FREE PUBLISHING
ASSOCIATION

El Portaestandarte • ABRIL 2025 1



La impresionante humildad de Cristo

REV. MATTHEW DEBOER

pastor de Edgerton PRC en Edgerton, Minnesota

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz—Filipenses 2:5-8

Una iglesia necesita siervos humildes. Una iglesia necesita personas que se humillen para servir a los demás, o los problemas abundan. Donde hay humildad, hay amor y un maravilloso testimonio de Jesús, para la gloria de Dios. Donde no hay humildad, hay orgullo. El orgullo desgarrar una iglesia. Nadie que esté dentro quiere quedarse. Nadie de afuera quiere unirse.

Filipenses 2:5-8 nos motiva y fortalece para ser siervos humildes. Aquí, Pablo nos dirige a Cristo como nuestro ejemplo. Su propósito es que los creyentes seamos movidos a la humildad en agradecimiento por el Salvador que se humilló por nosotros.

SU ENCARNACIÓN

Cristo era y es en “la forma de Dios” (v. 6). El término “forma” se refiere a la naturaleza interior y esencial de una persona. Cristo siempre ha sido y es Dios por naturaleza, con todos los atributos de Dios. Es eterno, todopoderoso, inmutable e infinitamente amoroso, misericordioso y santo.

Siendo en forma de Dios, Cristo “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” (v. 6). Esto significa que Él nunca consideró la igualdad con Dios como algo que se pudiera robar, porque siempre la tuvo. Como el Hijo eterno, siempre poseyó todas las perfecciones de Dios y la misma existencia que Dios, habitando en las alturas de la gloria divina. En todos los sentidos, él era rico. Oseas 2:7 indica que Él poseía todas las cosas. También era rico en honor, los ángeles en el cielo “obedecían la voz de su precepto” (Sal. 103:20). Él tenía poder abundante, inclinando el corazón del rey “a todo lo que quiere” (Pr. 21:1). Su gozo también era infinito, pues no experimentó pecado a su alrededor, dolor ni decepciones, sino solo vida perfecta y amistad dentro de la Deidad.

Cristo disfrutó de la mayor bienaventuranza en el cielo, pero el versículo 7 nos dice que se despojó a sí mismo. Esto significa, según el resto del versículo, que se hizo hombre. Tomó la forma o naturaleza de un siervo y se hizo semejante a los hombres. Tenía cuerpo, boca, pies y manos humanas, y su aspecto era idéntico al de los hombres que lo rodeaban en la tierra.

Que Cristo se “despojó a sí mismo” significa que se hizo carne; pero es necesario analizar esta frase con más detenimiento, pues revela claramente su humildad. Literalmente significa que se “despojó a sí mismo”. La idea no es que se despojó temporalmente de toda divinidad y se hizo solo humano. El lenguaje original de la frase, “siendo en forma de Dios”, indica que Cristo continuó siendo en forma de Dios incluso después de asumir la forma de siervo. Se convirtió en alguien con una naturaleza divina y una naturaleza humana.

Que Cristo se despojó a sí mismo significa positivamente que asumir la naturaleza

humana fue una pérdida para él, una pérdida en muchos sentidos. Primero, renunció a su posición favorable ante la ley. Entró en el estado de culpa y condenación donde todas las copas de la ira de Dios podían ser derramadas sobre su sagrada cabeza. Segundo, se despojó de sus riquezas. Aquel que poseía el ganado en mil colinas nació en un establo y tuvo que pedir prestado durante toda su vida: un barco para predicar, un burro para montar, una habitación para instituir la Santa Cena y una tumba para ser enterrado. Cristo también renunció al honor. Aquel que estaba perfectamente glorificado en el cielo parecía un hombre común para los demás en la tierra, y fue objeto de burla. En cuarto lugar, Cristo se despojó a sí mismo al ocultar su poder. Se convirtió en un bebé dependiente de su madre, y tuvo una naturaleza humana debilitada que podía sentir dolor y enfermarse. Lo más difícil de todo fue que Cristo renunció al maravilloso gozo del cielo para que la ira de Dios contra el pecado cayera sobre él.

Lo verdaderamente asombroso es que todo esto fue también un acto deliberado de Él mismo. Con frecuencia, nos vemos obligados a hacer cosas por nuestros semejantes, pero el versículo 7 dice que Jesús “tomando la forma de un siervo”. El Señor de todo operó voluntaria y activamente sobre la carne y la sangre de María por medio del Espíritu para que ella concibiera un hijo.

SU MUERTE

Para comprender aún más la humildad de Cristo, comprendamos que, tras encarnarse, pudo haber alcanzado grandeza en esta tierra. ¿Acaso no era siervo y, al mismo tiempo, Dios? ¿No estaba entonces en condiciones de hacerse un nombre? Poseía el poder de invocar a los ángeles del cielo y vencer a todos sus enemigos. Tenía la fuerza para dar vista a los ciegos, curar enfermedades, resucitar muertos, alimentar multitudes y expulsar demonios. Pudo haber conquistado el mundo entero y llevado a todas las naciones a sus pies.

Sin embargo, después de encarnarse, Cristo continuó asumiendo la posición de siervo. Obedeció al Maestro y se sometió a su plan. ¿Cuál era ese plan? No era convertirse en un rey terrenal y disfrutar de la gloria aquí. Era recorrer el camino del sufrimiento hasta la muerte (Is. 53). En obediencia al Padre, Cristo rechazó las tentaciones del diablo para convertirse en un rey terrenal. Incluso cuando Jesús llegó a Jerusalén montado en un burro y las multitudes estaban listas para que los uniera a todos bajo su gobierno, no lo hizo.

La frase, “incluso muerte de cruz”, en el versículo 8, muestra que su obediencia y sumisión no tenían límites. Al final de la vida de Jesús, quedó claro que Dios quería que muriera en la cruz, al estilo romano de ejecución. Cristo comprendió que esto sería terriblemente doloroso y vergonzoso. Más aún, Jesús sabía que esta muerte era “maldita por Dios” (Dt. 21:23). Moriría bajo la ira de su propio Padre, experimentando las profundidades del infierno. El Señor Jesús pudo haber detenido todo esto derribando a Pilato y escapando de Jerusalén, pero no lo hizo. Se humilló. Él mismo, como siervo, siguiendo la voluntad de Dios. Se despojó incluso de su vida.

La razón por la que Cristo se humilló hasta la muerte revela aún más su humildad incomparable. No se despojó a sí mismo con el propósito egoísta de quitarse la vida por insatisfacción. Jesús murió la muerte maldita bajo la ira de Dios para salvarnos a nosotros los creyentes de la culpa del pecado, del castigo por el pecado y del poder del pecado dentro de nosotros (1 Pedro 2:24). Él puso nuestras necesidades por encima de su propia comodidad. Si su preciosa pero culpable iglesia iba ser llena de las riquezas, el gozo, el poder y la vida de salvación, él debía despojarse a sí mismo. Y así lo hizo. Se humilló a sí mismo por quienes han pecado contra él y lo han negado millones de veces.

NUESTRO EJEMPLO

El versículo 5 muestra cómo debemos responder: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. La mentalidad de Cristo consideraba el bien de los demás

incluso cuando le perjudicaba. La filosofía predominante hoy en día es la opuesta: no se trata de vaciarse por el bien de los demás, sino de buscar la satisfacción personal a costa de ellos. Pensamos igual por naturaleza, pero Dios nos llama a vaciarnos como siervos suyos en gratitud por Cristo.

Hagámonos estas preguntas: Cuando necesito ayuda en casa o en la escuela, ¿estoy pensando en mí mismo o estoy poniéndome la mente de Cristo? Cuando se presenta mi candidatura para un cargo en la iglesia o en otro comité, ¿en quién estoy pensando? ¿Me estoy humillando para servir?

Consideremos también esta pregunta: ¿Cómo estoy tratando a aquellos que han caído en pecados terribles o a familias que han tenido un pasado difícil? Parece que a menudo estamos dispuestos a humillarnos y a servir a quienes enfrentan dificultades que no son su culpa. Cuando alguien de la iglesia contrae cáncer o una familia sufre un incendio en su casa, muchos se ofrecen a ayudarles. ¡Alabado sea el Señor por esta humildad! Si bien podemos hacer bien en humillarnos para servir a quienes enfrentan problemas sin culpa propia, ¿estamos igualmente dispuestos a humillarnos y ayudar a alguien atrapado en un pecado? A menudo somos buenos hablando del pecador y de todos sus problemas, pero no somos tan buenos para ayudarlos de verdad. Después de que se corre la voz sobre el pecado, con frecuencia los evitamos. Ya no los hacemos sentir que siguen siendo parte de la iglesia o de la escuela, e incluso podríamos sentirnos un poco avergonzados de que aun estén con nosotros. Los que pecaron, junto con sus familiares, no quieren quejarse. Saben que lo que pasó estuvo mal, pero les es difícil para ellos porque a menudo los tratamos de manera diferente.

Sin embargo, ¿qué hizo Jesús con nosotros, los creyentes, que hemos pecado tan terriblemente contra Él? ¿Dijo: "No tendré nada que ver con ellos"? ¡Claro que no! Él conoce todos nuestros pensamientos y acciones corruptas, y aun así, se despojó y se humilló para servirnos y salvarnos. Por lo tanto, sirvamos humildemente a los demás en la iglesia incluso cuando caigan en pecado, y especialmente cuando caen. Incluyamos a aquellos que tienen un pasado difícil o son parte de una familia que lo tiene. Cuidemos cómo hablamos de ellos. Cuando no lo hacemos, hemos perdido de vista el evangelio, y nuestra actitud es tan terrible como su pecado. Cuando no lo hacemos, hemos perdido de vista 1 Timoteo 1:15 y lo que debería ser la confesión de todo creyente: "Yo soy el primero de los Pecadores". Si conoces a alguien que fue sorprendido en un pecado terrible, acompáñalo y llévalo a la cruz contigo. Anímalo mientras se esfuerza por abandonar su error y ora por él. Si conoces a alguien que simplemente tuvo problemas en el pasado y no siempre lo hemos incluido como deberíamos, busca integrarlo en la iglesia y la escuela.

Tras considerar nuestro llamado a revestirnos de la humildad de Cristo, vemos que hemos fallado. Nos damos cuenta de que, por orgullo, a menudo no hemos sido siervos humildes con nuestro prójimo, incluso después de todo lo que Cristo ha hecho por nosotros.

Mantén la mirada puesta en el Salvador. Él se humilló hasta la muerte en la cruz para pagar por todo nuestro orgullo y egoísmo. Él nos muestra su humildad en este texto para capacitarnos y para humillarnos en gratitud. Continúen acudiendo a la Palabra cada día para ver la humildad de Jesús y luego vivan como humildes siervos para su gloria.